

Doble Profesión

ADAPTADO DE UN CUENTO DE H. ORD-MERCER, POR DOS
COLEGIALES

Aquella fue una de las pocas veces en que el juicio de los padres y tutores coincide con el de los maestros acerca del mérito de un niño. No había duda: Ricardo S. Steeple era un verdadero prodigio, un prodigio de ocho años de edad. Robusto, bonito, simpático, el primero en todas las clases de la escuela, no tenía tampoco igual en los juegos de agilidad y de fuerza, en las empresas de coger nidos en las ramas más altas de los castaños, de robar frutas, escalando tapias muy altas y burlando la vigilancia de los más temidos mastines.

En otra cosa era un niño extraordinario: en hacerse querer de todos, sin tener él ni un ápice de cariño por ningún sér viviente. Perdió á su madre cuando nació la hermanita menor, Mamie; el padre siguió en breve á su esposa á la eternidad, el día en que se voló el cráneo en una cacería, al apoyar la frente contra la boca de la escopeta cargada con bala, sin advertir que el gatillo se había quedado levantado. A Ricardo lo adoptó y llevó consigo su tutor Duncan W. Shrewsberry, hombre de bien, pero que no había nacido para que nadie lo quisiera.

Ahora advierto que en lo aseverado arriba cometí una evidente exageración. En aquel corazoncito muerto á todo afecto habían quedado dos fibras vivas y sumamente sensibles: Dick (Ricardito) se amaba á sí mismo con un afecto más subido que el de Romeo por Julieta, que el de Otello por Desdémona, afecto fundado en una profunda admiración por su ídolo, y en viva simpatía hacia el objeto de su amor.

La otra fibra era para su hermana Mamie; y como soy escritor imparcial que digo lo bueno y lo malo de mi hé-

roe, no debo ocultar que el niño sacrificó más de una vez sus gustos y antojos por complacer á la preciosa niña de cabello rubio y ojos color de cielo.

Para que esta historia no vaya á parecer novela, diré de una vez que los dos hermanos se separaron, cuando él tenía doce años y ella diez, y no volvieron á verse en este mundo, sino en cierta circunstancia que mencionaré más adelante. Mamie fue al convento de las monjas francesas del Sagrado Corazón, y á poco de salir de allí se casó con un rico extranjero que se la llevó á lejanas tierras. Dick entró al famoso Colegio de Saint-John in Blackfields, pasó luego á la Universidad de Eimburgo, donde estudió Medicina; aunque no se graduó, porque los profesores, no se sabe por qué, rehusaron admitirlo á exámenes.

Ricardo fue de colegial interno de Saint-John y de externo en la Universidad lo que había sido niño de ocho años en la escuela primaria; bien entendido que el *Debe* y el *Haber* de su conducta habían crecido; y que si él continuó no queriendo á nadie, los demás lo amaban poco, aunque lo miraban con cierta mezcla de estimación y temor, y le daban gusto aun en muchas cosas indebidas.

Una circunstancia había extraña en su conducta. Sus lecturas favoritas en el tiempo que le dejaban libres los estudios eran la crónica de policía de los diarios, y novelas de escalamientos y hurtos misteriosos, hazañas de los *detectives*, desaparición de personas, timos, plagios y otras barbaridades semejantes.

Un día llegó la policía á buscarlo, se ignora para qué. La puerta estaba cerrada sólo con pestillo. Los agentes de la ley tocaron repetidas veces, y no obteniendo respuesta, abrieron. La habitación estaba desierta y desamueblada. Las pesquisas que se hicieron dieron por resultado que Ricardo se había embarcado en un navío que salió para Australia; pero allá no se pudo tener noticias suyas.

La noche estaba oscura y caía una ligera nevizna. El incesante estruendo producido por el tráfico de Nueva

York, había cesado, y el agente de policía, situado en el ángulo de una de las calles de Broadway, empezaba á sentirse desamparado. Eran las tres de la mañana. Un caballero vestido de largo sobretodo, con el sombrero inclinado sobre la frente, y un maletín en la mano, se paseaba á lo largo de la calle, suave y rápidamente. El polizonte se le acercó de una manera afable y cortés, pero con aquella seguridad propia de la autoridad constituida. Y tenía razón para proceder así: la hora demasiado avanzada, la fama poco favorable de aquellos contornos, la ligereza en la marcha del caballero, lo que llevaba en la mano, todo esto formaba un cúmulo de "circunstancias sospechosas," que el agente de policía necesitaba esclarecer.

El caballero se detuvo bruscamente, se echó el sombrero hacia atrás, dejando ver al resplendor de la luz eléctrica una fisonomía agradable y simpática, á lo cual contribufan en gran parte los ojos azules de un mirar expresivo y la nariz recta y elegante.

Así que el agente lo interpeló, el caballero, sacando una tarjeta del bolsillo del chaleco, la entregó al polizonte, quien, acarcándose á la luz de la bujía, leyó: "John Charleston, M. D." La dirección era la de un lugar fuera de toda sospecha. Además, el policial miró de reojo el objeto que el Dr. Charleston llevaba en la mano—un hermoso botiquín forrado en finísimo cuero negro y con algunos adornos de plata,—lo cual le acabó de demostrar la garantía de la tarjeta.

—Perfectamente, doctor, dijo con aire de satisfacción y dando un paso atrás. Usted excusará. Ha habido necesidad de tomar algunas precauciones contra los asaltos acaecidos recientemente por estos lados.... La noche está muy desagradable, continuó como queriendo variar la conversación, muy fría para permanecer por fuera.

El Dr. Charleston empezó de nuevo su rápida marcha, no sin hacer antes una cortés inclinación de cabeza y añadir unas pocas palabras en corroboración del juicio del agente acerca del tiempo.

Tres veces había observado el policial la tarjeta profesional del Dr. Charleston, y otras tantas la había hallado corriente; y el botiquín fue para él un testigo irrecusable de la honradez del doctor y de su profesión. En efecto, si alguien hubiera querido verificar al siguiente día el contenido de la tarjeta, lo habría hallado perfectamente correcto: en una elegante placa fijada en la puerta de su habitación podía leerse el nombre del Dr. Charleston; se le podía encontrar en su despacho en perfecta calma y en traje arreglado, con tal que no se le buscara muy temprano, y el testimonio de la vecindad, y su éxito como médico en el corto tiempo que hacía que vivía en aquellos lados, hablaban muy alto de su respetabilidad. Por consiguiente, al observar detenidamente el botiquín, cualquiera se hubiera maravillado de su contenido: una gran cantidad de aparatos propios para verificar escalamientos y asaltos de casas; fabricados con delicado ingenio, dentro de una cajita, medio frasco de nitroglicerina, y debajo de esto último, un paquete de billetes de banco que ascendía á la cantidad de mil cincuenta libras esterlinas.

Para un limitado círculo de amigos el Dr. Charleston era conocido con el nombre de "el ilustre astuto," no solamente por sus maneras suaves y atractivas, sino también por su inteligencia, que aseguraba el éxito de las empresas que intentaba llevar á cabo.

Charleston prosiguió su marcha á lo largo de la calle 19, que estaba á la sazón completamente desierta. Al voltear por la carrera 5.^a, la puerta de un elevado edificio se abrió con estrépito, y una negra charlatana apareció dando traspies en el pavimento de la calle. Palabras incoherentes salían de sus labios, probablemente conversando consigo misma, lo cual era en ella un hábito de raza cuando se hallaba sola y le abrumaba algún pesar. Regularmente conformada, tenía el aspecto de una antillana francesa, voluble pero leal é irrepreensible, ostentaba aquella noche blanco delantal sobre su limpio vestido, y her-

moso pañuelo se adhería ligeramente á su cuello. Esta súbita aparición en medio de tanto silencio, turbó ligeramente al doctor, quien caminaba con extremada rapidez. Ella miró de soslayo el botiquín que se agitaba en la mano de Charleston.

—¡Vaya un hallazgo!, exclamó la negra, ¿es usted médico?

—Sí, soy médico, respondió enfáticamente el doctor.

—¡Por el amor de Dios!, dijo la negra en su lenguaje, mitad francés, mitad inglés; venga usted conmigo; el señor ressemble un muerto, y la señora ha perdido sus sentidos. Yo soy salida, para encontrar un médico.

—Muestre usted el camino, dijo el doctor.

La negra lo introdujo á un departamento lujosamente amueblado. Después de subir una amplia escalera, cubierta de finísima alfombra, se halló en una hermosa galería, á la sazón escasamente alumbrada. La mujer se detuvo ante la segunda puerta, y la abrió torciendo el picaporte.

—Entre, si usted gusta.

El Dr. Charleston pasó adelante, puso el botiquín sobre una mesa, y se acercó resuelto á la cama del enfermo, que en realidad parecía agonizante.

—¿Y la señora?, preguntó á la negra.

—Ella ha caído súbitamente como si un rayo la hubiese golpeado. Y con aquella herida en su frente...

—¿Herida? ¿Herida de qué?

—El señor ha llegado mal. Yo creo que él ha estado en una cena... ¡Maldito el verdugo de mi señorita querida!

—¿Dónde está la señora?

—Yo la he conducido á su cuarto, situado del otro lado del salón... allí; y la he puesto en su lecho.

—Bien!, vaya usted á ver cómo sigue, y acompáñela hasta que yo llame. Para mí lo más urgente es atender al enfermo.

Al salir la negra, el doctor cerró suavemente la puerta, torció la llave, y se encaminó á la cama del moribun-

do. Lo halló inmóvil, con los ojos abiertos y tratando de articular alguna frase. El médico lo desnudó de las ropas de paño, que apestaban á aguardiente; con la navaja rasgó la camisa interior desde el cuello hasta la cintura, puso el oído en varios sitios del pecho del enfermo, y movió sinistramente la cabeza.

—¡El dinero! ¡el dinero!, balbucía ahogado el infeliz, con ligero acento extranjero.

—Soy médico, le dijo el doctor, acercándole la boca al oído y articulando mucho las sílabas. ¿Podrá usted entenderme lo que voy á decirle?

El enfermo movió la cabeza de un modo casi imperceptible.

—Soy médico, el Dr. Charleston; he venido á recetarle á usted. Su enfermedad no es caso desesperado; procure usted tranquilizarse.

Movió los ojos el moribundo con aire de inteligencia; y haciendo un esfuerzo supremo, dijo á tirones:

—¡El dinero! los veinte mil dólares.

—¿Dónde está el dinero? ¿En el banco?

Los ojos del enfermo se movieron para significar que no. La voz se le había apagado, y la mirada cadavérica se paseaba ansiosa por todo el cuarto. Por fin pudo decir:

—Dígale... que los veinte mil dólares... su dote....

—¿Ha colocado usted el dinero en alguna parte? ¿lo tiene usted aquí? dijo el médico con acento imperioso, como si temiera que la muerte sellara aquel secreto para siempre.

Siguióse rápida y significativa expresión de asentimiento en los ojos del agonizante. El pulso era cada vez más débil; un hilito no más. En aquel momento se despertaron en el médico Charleston los instintos de su *otra profesión*. Sin vacilar, se decidió á inquirir el paradero de los dólares aquellos, á costa de todo, aun de abreviar la vida del paciente.

Tomó en el escritorio que había en la alcoba, una cartilla de papel, escribió una receta calmante, atravesó

la sala y llamó discretamente á la negra. Ordenóle que fuera á una botica por el remedio, cerró de nuevo la puerta con llave, y miró el reloj. Podía disponer de media hora, tiempo que gastaría la criada en volver con las cucharadas. No había momento que perder. Charleston sacó del botiquín un frasco, echó un poco de líquido en un vaso, lo llenó de agua hasta la mitad, tomó una jeringuilla hipodérmica, la cargó y le atornilló la aguja.

Iba á emplear el tónico cardíaco más poderoso que conoce la ciencia moderna, con el fin de conseguir una reacción poderosa, aunque breve, una vida artificial de un cuarto de hora. Descubrió el pecho del enfermo, y con habilidad suma le inyectó el contenido de la jeringa en la región precordial. A los tres minutos, el moribundo abrió los ojos, y preguntó:

—¿Quién es usted?

Charleston le explicó su presencia en aquel sitio.

—¿Mi mujer?

—Está Jormida, según me informan. Mejor es no despertarla, á menos que....

—No hay.... necesidad. El hombre hablaba con intervalos de palabra á palabra. No creo.... que le guste.... que la despierten.... para cuidarme á mí.

El médico acercó una silleta á la cabecera de la cama, y se sentó.

—Hace algunos minutos que usted hablaba de su dinero. No pretendo que deposite en mí su confianza; pero debo advertirle que le quedan pocos minutos de vida; así es que si usted quiere recomendarme algo respecto á....

—¿He dicho dónde está.... ese dinero?

—Nó; sólo que usted hablaba con frases incoherentes de un dinero que deseaba poner en seguridad. Si yo puedo ayudarle....

Creyó el doctor notar una expresión de ironía en los ojos vidriosos del moribundo. ¿Si habría ido demasiado lejos? La respuesta del agonizante lo tranquilizó.

—Dónde.... puede.... estar.... sino en.... la caja.... allí...., dijo con voz de agonizante, al paso que con la mirada turbia indicaba uno de los rincones de la habitación, donde pudo ver el Dr. Charleston por primera vez una caja de hierro metido oculta por una cortina. Levantándose, tomó la mano del enfermo: las pulsaciones eran intensas y se sucedían con intervalos siniestros.

—Levante usted el brazo, dijo el Doctor.

—Usted.... comprende.... que no.... puedo.... mover.... me.... doctor....

Charleston se dirigió rápidamente a la puerta. La abrió y escuchó. Todo estaba en calma. Sin más dilación se acercó a la caja para examinarla.

De construcción antigua, sin mayores complicaciones, la tal caja daba a su dueño seguridad apenas contra las rapaces manos de los sirvientes. Para la habilidad del doctor, aquel artefacto era como un juguete de paja ó de cartón: el dinero estaba en su poder. Doblando una rodilla, observó la forma de la cerradura y lentamente dio vuelta al botón. Su agudísimo oído percibió entonces un ligero sonido que le sirvió de guía, y haciendo uso de él, torció el manubrio, hizo un mediano esfuerzo y.... la caja quedó abierta de par en par. Pero.... ¡oh sorpresa! el interior de ella estaba completamente vacío: ni aun había allí pedazos de papel.

El doctor se levantó y regresó al lecho. En los labios y en la mirada del moribundo había entonces una risa sarcástica, una expresión burlesca.

—Yo nunca.... había.... visto, dijo penosamente, la profesión.... de médico.... y.... la de.... salteador.... unidas como.... en.... matrimonio. ¿Mezcla.... usted.... estas dos cosas.... querido.... doctor....?

Nunca hubo una prueba más rigurosa para Charleston que aquella situación inesperada. Lanzado por el humor diabólico de su víctima a una posición a la vez ridícula y peligrosa, el doctor trató de mantener su dignidad lo mis-

mo que su sangre fría. Sacando su reloj, esperó tranquilo la muerte de la víctima.

—Usted ha.... estado.... ansioso.... de.... poseer ese.... dinero, dijo el enfermo, pero.... no hay.... pe.... ligro de que.... caiga.... en sus manos, querido.... doctor.... Está.... seguro.... perfecta.... mente seguro.... en poder de los.... gananciosos.... Veinte mil.... Jugué.... con esa.... suma en.... las carreras.... de caballos.... y la perdí.... toda.... He tenido.... muy mala.... fortuna. Señor.... salteador.... perdone usted.... doctor...., pero he.... jugado satisfacto.... riamente.... Creo que no.... volveré.... a.... encontrar.... jamás un.... pícaro.... tan consumado.... como usted...., perdone usted.... doctor....; ¿se opone.... a los principios.... de los.... escaladores.... de casas...., señor salteador...., dar un.... vaso.... de agua.... a una víctima.... moribunda.... da?

El Dr. Charleston alcanzó un poco de agua que el enfermo apenas podía pasar: la reacción debida al poderoso tónico cardíaco le sofocaba instante por instante. Con todo, su desfalleciente entendimiento debía tener aún un sarcasmo horrible:

—Jugador.... borracho.... derrochador.... todo esto.... he sido.... yo....; pero no.... médico—salteador....!

El Dr. Charleston respondió de un modo característico. Dirigió su mirada hacia el vecino aposento donde dormía la señora. Hizo un gesto tan severo, tan significativo, que el moribundo no pudo menos de levantar a medias la cabeza como si tratase de ver algo. No vio nada; pero en ese momento sus oídos escucharon estas palabras de boca del doctor, quizá las últimas que oiría, antes de que la vida se apagase en su semblante:

—Sí, pero yo nunca he labrado la desgracia de una mujer!

Sería cosa vana tratar de sondear dos caracteres como éstos. Parece que no los hubiera, pero es lo cierto que existen y que el público se roza constantemente con ellos. Sin embargo, sería curioso estudio en materias de *egoísmo*, pe-

netrar el temperamento de estos dos individuos: el uno, ladrón al pie de su víctima, el otro más cobarde en sus ataques, aunque un poco menos arbitrario, yacente en su lecho de agonía, sin su esposa, á quien había perseguido, arruinado y afligido; el uno era un tigre, el otro un lobo.

—¡Eso sí es cierto!... Pobre Mamie!

Charleston se puso lívido.

—¿Mamie, qué?

—Mamie Labardie.... mi esposa.... había olvidado.... presentarme.... Horace Labardie.... servidor de.... usted.

Era más de lo que podía resistir el agonizante; trató de incorporarse, abrió desmesurados los ojos, y clamó con voz entera:

—¡Mon Dieu! ayez pitié de moi.

Se desplomó muerto sobre las almohadas.

Acababa Labardie de exhalar el último suspiro, cuando entró la negra con el remedio. Poniéndole blandamente la mano en el hombro, el doctor le participó lo sucedido.

—¡Sea por Dios!, exclamó la negra; acabo de gastar los últimos céntimos en comprar esta bebida que ya es útil por nada!

—¿La señora está en mala situación de fortuna, según entiendo?

Aquí la excelente negra dio rienda suelta á su locuacidad. Entró al servicio de "la niña," cuando llegaron recién casados á las Antillas; al principio todo fueron felicidades, salvo la falta de un niño que alegrara la casa. Después el señor empezó á llegar tarde por las noches.... Se la pasaba en el Club. Se vinieron á Nueva York; el señor jugaba y perdía; llegaba trastornado. "La niña" vendió sus joyas para comer; llevaban muchos días de miseria; el desmayo no había sido causado únicamente por los golpes que había recibido, sino por la debilidad. La negra tenía guardada una moneda de veinte centavos

para un caso extremo: la acababa de gastar en las cucharadas.

—Vamos á ver á la señora. ¿Hay por acaso un poquito de alcohol?

La negra recordó que en una alacena había una botella de brandy comenzada, y se la trajo al doctor.

Al entrar al cuarto, Charleston estaba muy pálido. Abrió la puerta y oyó una voz femenina, no desconocida para él, que exclamaba con fervor:

—¡Perdónalo, Señor, como yo le perdono!

Entró, seguido de la negra, y encontró reclinada en el lecho una mujer, joven todavía, pálida y extenuada, con una herida ensangrentada en la frente. En un velador, cerca de la cama, en un marco florentino vio el médico tres retratos fotográficos, ya desteñidos: el de su padre, el de su madre, el suyo propio á la edad de ocho años, con trajecito de marinero.

Hizo, para serenarse, un violento esfuerzo, y dulcificando la voz, dijo:

—Señora, soy médico; he estado viendo al caballero; desgraciadamente....

—¿Ya murió?, preguntó con angustia la señora.

Charleston inclinó la cabeza. Mamie dio un grito ahogado y volvió á perder el sentido. Charleston le frotó las sienes con un poco de brandy, le hizo tragar unas gotas del licor mezclado con agua, y volver en sí.

—Dos palabras para concluir, señora. Cuando el marido de usted comprendió que se acercaba su fin, me ordenó abrir una caja de hierro que tenía en la alcoba; en dicha caja había una suma de dinero, no gran cosa, pero sí lo bastante para que usted pueda cumplir la última voluntad de su finado esposo; que vuelva usted á casa de sus padres, y cuando el tiempo cicatrice en parte las heridas, le perdone las faltas que cometió contra usted. Son mil cincuenta libras en billetes de banco. Aquí las tiene usted, agregó, dejando el dinero sobre el velador.

La señora alzó los ojos al cielo, los cerró luego, inclinó la cabeza, enclavijó las manos, y murmuró algo, probablemente una oración. Cuando alzó á mirar, el médico había salido.

Doce días después, el *Herald* trata el siguiente suelto:

“El llamado Charleston, pretendido doctor en medicina y cuyo verdadero nombre es Ricardo Steeple, complicado en el hecho criminal sucedido ahora un mes en la calle 89 W., ha desaparecido. Tendremos al público al corriente de lo que resulte.”

CLAUSURA DE ESTUDIOS EN EL AÑO DE 1907

PREMIOS

Entre los colegiales obtuvo el primer premio el señor

D. RAFAEL MARÍA GONZÁLEZ

Bachiller en Filosofía y Letras.

Segundo premio, el señor

D. MANUEL VICENTE JIMÉNEZ

Bachiller en Filosofía y Letras.

Mención honorífica

Aristizábal Nicolás.
Escobedo Rómulo.

Luque Rafael.
Uribe Pedro José.

Archivo
Histórico